

PETER. Discúlpeme, es que no me expreso muy bien algunas veces. (*Trata de hacer un chiste.*) Soy editor, no escritor.

JERRY. Está bien, pero la verdad es que estaba tratando de compadecerle.

PETER. Vamos, no tiene usted por qué decir eso. (*En este momento, Jerry puede empezar a moverse en el escenario con una determinación y autoridad que crecerán lentamente, llegando al climax en el monólogo del perro.*)

JERRY. Está bien. ¿Quiénes son sus autores favoritos? ¿Baudelaire, J. P. Marquand?

PETER. Bueno. Me gustan varios escritores. Tengo, si puede decirse, un gusto universal. Baudelaire, claro... es, con mucho, el mejor de los dos... pero Marquand tiene su lugar muy especial en nuestra literatura.

JERRY. ¡Olvídelo!

PETER. Discúlpeme.

JERRY. ¿Sabe lo que hice antes de ir al zoológico? Caminé por la Quinta Avenida desde la Plaza Wáshington.

PETER. ¿Entonces, usted vive en Greenwich Village?

JERRY. ¡¡No!! Tomé el Metro para llegar a Greenwich Village y de ahí caminar por la Quinta Avenida hasta el zoológico. Es una de esas cosas que la gente tiene que hacer; algunas veces, uno tiene que caminar mucho fue-

ra de su ruta, dar un gran rodeo, para poder llegar correctamente a un lugar cercano.

PETER. Ah. Yo creí que *vivía* usted en Greenwich Village.

JERRY. ¿Qué está usted tratando de hacer? ¿Que tengan sentido las cosas? ¿Tener un poco de orden? Eso es fácil. Vivo en una casa de ladrillo, en una casa de cuatro pisos, hacia arriba de la Calle Columbus y el West Side y al oriente del Parque Central. Habito en el último piso en la parte de atrás, en un cuarto que da risa. Una de las paredes está hecha de cartón y separa mi cuarto de otro que también da risa. Creo que estas dos habitaciones fueron alguna vez una sola, una habitación pequeña, pero que no daba risa. El cuarto que está detrás del mío, lo ocupa un joto que siempre tiene la puerta abierta, bueno, no siempre. Sólo cuando se pone a arreglar sus cejas, cosa que hace con una concentración budista. Este joto es negro y tiene los dientes podridos, lo cual es muy raro. Siempre que me lo encuentro en el pasillo, trae puesto un quimono, lo cual es muy frecuente, quiero decir, es que va muy seguido al baño. A mí nunca me ha molestado y nunca mete a nadie a su cuarto. Todo lo que hace es sacarse la ceja, usar su quimono, e ir al excusado. Las dos habitaciones que están frente a la mía, son un poco más grandes. Bueno, eso creo, pero aún así, son pequeñas. En

una de ellas vive una familia portorriqueña; un esposo, la señora y algunos niños, no sé cuántos; estas gentes son muy alegres. En la otra habitación vive alguien, pero no sé quién sea. Nunca he podido ver a nadie. Nunca. Nunca.

PETER. (*Muy molesto.*)

¿Y por qué vive usted ahí?

JERRY. No lo sé.

PETER. No creo que sea muy agradable vivir donde usted vive.

JERRY. Bueno, no es como un departamento elegante de la Calle Sesenta y Cuatro. Pero como le decía, yo no tengo esposa, dos hijas, dos gatos, ni dos cotorritas. (*Cruza detrás de la banca.*) Lo que yo tengo son artículos de tocador, un poco de ropa, un plato que se supone no es mío, un abrelatas de esos que se manejan con una pequeña llave. Una navaja, dos cuchillos, dos cucharas, una grande y otra chica, tres platos, una taza, una salsera, un vaso, dos marcos para fotografías, los dos vacíos, ocho o nueve libros, un paquete de fotografías pornográficas, una vieja máquina de escribir que sólo imprime letras mayúsculas y una cajita fuerte con un candado, la cual tiene... ¡¡qué!! (*Cruza hacia la izquierda.*) ¡piedras! Piedras redondas que recogí en la playa cuando era niño y cartas, cartas que tienen unas palabras escritas, palabras como "por favor"...

"por favor has esto"... "Por favor has esto otro"... palabras como... "cuándo"... también "¿cuándo escribes?"... "¿cuándo vienes?"... ¡¡¡cuándo!!!... Estas palabras son de años más recientes.

PETER. ¿Y esos marcos para fotografías que me decía?

JERRY. No creo que necesite ninguna explicación. Está claro. ¿No? No tengo fotografías que poner.

PETER. Sus padres... quizá... su novia...

JERRY. (*Va hasta el final de la banca.*)

Es usted un hombre muy bueno y posee una inocencia envidiable... pero los buenos viejos de mis padres están muertos ¿sabes? Ya rompí con ellos, deveras. Pero no veo cómo puedo mirarlos todos limpios y enmarcados. Además, o más bien, para ser exacto... mi buena madrecita dejó a mi pobre viejo cuando yo tenía diez años y medio. Se embarcó por los Estados del sur, en un viaje adulterino... su más constante compañía entre otros, muchos otros, era el señor Barleycorn. Bueno, cuando menos eso fue lo que me dijo papá. Cuando regresó trayéndola del norte... me dieron la noticia entre Navidad y Año Nuevo. Mi pobre madre se había partido el alma en Alabama, y ya sin alma no era muy bien venida. Bue-

no, quiero decir... ¿qué era ella? Una peste... una peste del norte... De cualquier modo el pobre viejo celebró el año nuevo durante dos semanas, hasta que fue a estrellarse contra un camión, y eso acabó con mi familia. Bueno, no... había una hermana de mi mamá. A ella no le gustaba pecar ni consolarse con una botella. Me llevaron a su casa y ahí viví. Puedo acordarme de todo lo que hacía: Dormir, comer, trabajar y rezar. Cayó muerta en la escalera de su departamento, mi departamento entonces, la misma tarde en que yo me graduaba en la escuela secundaria. Un terrible chiste diría yo.

PETER. Vaya, vaya.

JERRY. ¿Vaya a dónde? De eso hace mucho tiempo, ya no tengo ningún sentimiento y no me importa admitirlo. Quizá pueda usted ver ahora, por qué mis buenos padres no están en el marco. ¿Cómo se llama?, ¿cuál es su nombre?

PETER. Me llamo Peter.

JERRY. Había olvidado preguntárselo. Yo soy Jerry.

PETER. (Con risa nerviosa.)

¿Qué tal, Jerry?

JERRY. (Contestando un saludo.)

Veamos ahora. Qué caso tiene tener una fotografía de muchacha, y además en dos marcos. Recordará que tengo dos marcos. Nunca

veo a la misma muchacha más de dos veces y nunca he tenido la precaución de llevar una cámara. ¡Creo que es triste!

PETER. ¿Lo de las muchachas?

JERRY. No. Creo que es triste no ver más de una vez a la muchacha. No creo nunca haberme acostado o... (Voltea hacia Peter.)... ¿cómo se dice?... haber hecho el amor más de una vez con la misma persona. Sólo una vez. Eso es. (Avanza dos pasos hacia Peter, a la derecha del banco.) Espere. Por espacio de una semana y media... cuando yo tenía quince años y me daba pena que mi pubertud fuese tan temprana... yo era un *Homosexual*... yo era raro. (Muy rápido.) Raro, raro, raro. Oía como campanas en el aire. Durante esos once días me encontraba dos veces diarias con el hijo del superintendente... era un muchacho griego y su cumpleaños caía el mismo día que el mío; con la diferencia de que era un año más grande que yo. Creo que estuve muy enamorado... o quizá sólo era sexo... y ahora, me gustan las muchachas, las quiero, pero sólo durante una hora.

PETER. Bueno, eso me parece perfectamente simple. Usted no ha...

JERRY. (Enojado, se aparta.)

Oiga, ¿va a decirme que me case y tenga cotorritas?

PETER. (También enojado.)

Olvídense de las cotorras y quédese soltero si quiere. Eso no es cosa mía. Y por otra parte yo no empecé esta conversación y...

JERRY. Está bien, está bien. Lo siento. ¿Está bien? ¿No está enojado?

PETER. (Riéndose.)

No, no estoy enojado.

JERRY. (Aliviado.)

Bueno. (Va hacia atrás de la banca y vuelve a su antiguo tono.) Es interesante que me haya preguntado por los marcos de las fotografías. Yo pensé que me iba a preguntar por las fotos pornográficas.

PETER. (Con una sonrisa de suficiencia.)

Ya he visto fotos de esa clase.

JERRY. (Recargándose en la banca.)

Ese no es el punto. (Ríe.) Supongo que cuando usted fue joven sus amigos se las prestaban y además tendría un buen montón de ellas.

PETER. Bueno, creo que muchos de nosotros hacemos esas cosas.

JERRY. Y se deshizo de ellas poco antes de casarse.

PETER. Mire. Nunca necesité de esas cosas cuando crecí.

JERRY. ¿No?

PETER. Prefiero no hablar de eso.

JERRY. No lo haga... además, yo no

estaba tratando de averiguar su vida sexual de adolescente. Lo que yo quería es saber la diferencia que hay entre tener fotos pornográficas cuando es uno joven y cuando se hace viejo. Es que cuando es uno joven, usa las fotos como sustituto de la experiencia real y cuando crece, usa la experiencia como sustituto de la fantasía. (Cruza hacia la derecha, muy despacio.) Me imagino que preferirá oír lo que pasó en el zoológico.

PETER. (Entusiasmado.)

Ah, sí, el zoológico. Eso es... si usted...

JERRY. Yo le he hablado del cuarto piso de la casa donde vivo. Creo que las habitaciones son mejores conforme una va bajando. Creo que así son, pero en realidad no lo sé. No conozco a nadie del tercer piso, ni del segundo... ¡Espere! Sé que hay una señora que vive en el tercer piso en la habitación que da al frente. Lo sé porque siempre está llorando. Cada vez que entro o salgo, tengo que pasar por su puerta y siempre la oigo llorar... Pero a lo que quiero llegar, es a la portera y a su perro. No me gusta usar palabras que suenen muy duras para describir a una persona, pero la portera es una vieja gorda, fea, mala, estúpida, misantrópica, corriente, borracha, en fin, un verdadero bote de basura. Habrá usted notado que no uso mucho los insultos y claro, no puedo describirla tan bien como yo quisiera.

PETER. Pues la ha descrito vívidamente.

JERRY. Gracias. De cualquier modo, ella tiene un perro. Los dos juntos son los cancheros del edificio. La vieja es perversa... siempre está recargada en el pasillo para ver qué, o a quién subo a mi cuarto. Y cuando después del mediodía se ha tomado su botella de ginebra, me detiene en el corredor y me toma por el brazo, arrimándose a su asqueroso cuerpo, llevándose hasta un rincón donde se pone a hablarme. El olor de su cuerpo y su fétido aliento... ya se ha de imaginar. Creo que en algún lugar de su pequeño cerebro crece un hongo, pequeño, muy pequeño, pero suficiente para permitirle comer, beber, defecar y darle rienda suelta a su sexo, porque tiene una locura de deseo sexual, y yo, Peter, soy su objetivo.

PETER. Es asqueroso, horrible.

JERRY. Pero ya encontré un modo de alejarla. Cuando se pone a hablarme y se pega a mi cuerpo murmurándose cosas de su cuarto y de su cama, diciéndome que debía de entrar, le contesto: Pero mi amor, ¿no llenaste con lo de ayer y lo de anteayer? Entonces ella se confunde, hace parpadear sus ojillos y se retira un poco. Y es entonces, Peter, cuando pienso que estoy haciendo algo bueno en esa casa. Una sonrisa aparece en su rostro y se

aleja contoneándose creyendo y reviviendo lo que nunca pasó. Luego se mueve hacia su monstruo negro, ese perro que tiene y regresa a su cuarto. En ese momento estoy a salvo, hasta nuestro próximo encuentro.

PETER. Es difícil de creer que haya gente así.

JERRY. Esto sólo se lee en las novelas, ¿no es cierto?

PETER. Sí.

JERRY. La realidad supera a la ficción. Tiene usted razón, Peter. Bueno, lo que he estado tratando de decir, es algo acerca del perro. Lo voy a hacer ahora.

PETER. (Nervioso.)

Ah, sí, el perro.

JERRY. No se vaya. No estará pensando en irse, ¿verdad?

PETER. No, no había pensado en eso.

JERRY. (Como si hablara a un niño.) Porque después que te diga lo del perro, ¿sabes qué?... luego... te voy a contar lo que pasó en el zoológico.

PETER. (Con franca sonrisa.)

Por lo visto tienes muchas historietas que contarme.

JERRY. No tienes ninguna obligación de escucharlas. Nadie te está deteniendo. Grábate eso en la mente.

PETER. (Enojado.)